

Laicismo practicante

(*Navarra Hoy*, 8. 06. 1992)

Si hacemos caso de las estadísticas, también nuestra tierra alberga un número creciente de agnósticos y ateos convencidos. Normal. Lo significativo, sin embargo, es que *no se notan*. ¿Conoce alguien que tengan -organizada o espontánea- alguna presencia en la vida ciudadana, que su punto de vista aparezca reflejado en cualquier acto público, que gocen de voz suficiente en los órganos de opinión, que protagonicen un acontecimiento cualquiera?. Todo lo contrario: sólo lo religioso cuenta con bula para aparecer en público. Aquí se da por sobreentendido que *todos* somos católicos o que sólo los católicos tienen *derecho* (social, que no sólo legal) a mostrar su existencia. Ambas suposiciones son, desde luego, falsas, pero quien se meta a rebatirlas en la teoría o en la práctica tropezará a buen seguro con la repulsa de las fuerzas vivas. En nuestra vida privada seremos lo que nos guste, pero social y públicamente todavía somos católicos como está mandado. Este, y no otro, es el más sutil *impuesto religioso* que pagamos a diario.

Así que todo transcurre en la calma más chicha... y más hipócrita. Un buen día, parte de nuestra juventud marcha a Javier, sin que nadie les explique que es una romería iniciada por los vencedores de una injusta guerra civil para celebrar la cruenta victoria; una vez allí, los muchachos piden al santo sobre todo por el éxito en sus exámenes o la permanencia de Osasuna, pero el señor Arzobispo aprovecha la ocasión para animarles a su entrega misionera. Otro día, una delegada de la ciudadanía se exhibe en la delicada labor de maquillar a la Virgen Dolorosa. El consistorio en pleno acude, en representación de la ciudad, a cuanta procesión pasa por sus puertas y se sienta en los bancos de la Catedral para que le lean la cartilla cristiana. Si se conmemora un aniversario de algo, la autoridad eclesiástica compite con la civil en apropiarse del festejo que se organiza. Se inaugura algún centro importante -comercial o político, lo mismo da-, y ya saben ustedes quién va a concurrir con el hisopo a santificarlo. Algunos seguidores osasunistas dan la nota en Zaragoza, y nuestro primer

club de fútbol (ya consagrado al Santo Patrón desde principios de temporada) envía unas flores en desagravio (?) a la Pilarica. Se cristiana al hijo de una concejal socialista, y sus compañeros de grupo -creyentes y descreídos- hacen compañía a la madre junto a la pila bautismal...

Pero no señalemos a la autoridad como única responsable del espectáculo. Los demás no sólo se lo consentimos sin rechistar; a la menor ocasión, cada cual se pliega a hacer de comparsa en la liturgia creyente de cada día. Díganme, si no, cuántos funerales se celebran desde la constancia del agnosticismo del fallecido o ante la frialdad religiosa de una parte de los reunidos. Cuántas matrimonios eclesiásticos tienen lugar entre contrayentes hace tiempo alejados de la fe y son bendecidos por un ministro del Señor que conoce (o debería conocer) su situación. Cuántos querubines entre los que harán su primera comunión este mismo mes descienden de padres a quienes el misterio de la Eucaristía les trae al fresco. De cuántas esquelas sobra eso de que el finado "recibió los santos sacramentos y la bendición apostólica de Su Santidad"... En suma, son bastantes los que no dan crédito al mito, pero siguen cumpliendo el rito. ¿Alguien ha protestado por tanta farsa?.

No. La Iglesia ha considerado que el recién nacido, el adolescente, el joven, el enfermo o el muerto son *suyos* y, socialmente al menos, le pertenecen. Se ha atribuído, así, el *monopolio de sentido* de los actos fundamentales de nuestra existencia: el ingreso en el mundo y su abandono, la iniciación en sociedad o el cambio de estado. Y no sólo se ha hecho con el gobierno de las almas de sus fieles, sino que lo ha extendido a cualquier expresión pública de la conciencia íntima de todos, incluidos los infieles. Nada esencial debe pasar en nuestra vida que se libre de quedar cobijado bajo su manto y advocaciones. Aunque se hayan limitado sus fronteras, su reino sigue siendo de este mundo...

La fuerza de la costumbre y de la convención social, la tiranía de la opinión pública, se dirá; sí, claro, pero con la culpable apatía del no creyente como su mejor aliado. ¿Tan difícil sería inventar nuestras ceremonias laicas en las que, sin recurso a

sentido trascendente alguno, nos congratuláramos con los padres del infante o con el recién casado y despidiéramos para siempre al pariente o al amigo?. ¿O es que desaparecen sentido y sentimientos naturales cuando faltan los sobrenaturales?. ¿Acaso no hay comunidad humana fuera de la comunión de los santos?.

Dejemos al creyente sumido tal vez en el escándalo ante estas palabras y vengamos a escuchar la réplica más común del ateo de hoy: "Pero, ¿por qué se pone usted así?. Que cada cual crea lo que le venga en gana y dé a su vida la orientación que les parezca. No es asunto nuestro el que los otros atribuyan un fin sobrenatural a su existencia; allá se las compongan. ¿Acaso debo predicar mi ateísmo por las plazas para demostrar el absurdo de la creencia religiosa?. Ella sola, y aún más la Iglesia que la administra, se encargan a todas horas de revelar su inanidad. Dejemos que como niños se acerquen a El... Precisamente porque no creo en nada de eso, no tengo inconveniente en participar de las ceremonias religiosas cuando se trata de acompañar a un amigo. A usted, en cambio, parecen afectarle más de lo debido. ¿No será que, so capa de ateísmo, manifiesta usted todavía alguna dependencia de esa fe cristiana que combate?".

A lo que se responderá, ante todo, que el ateísmo *no es indiferencia*.. Uno no cree en Dios justamente porque deposita su confianza en el hombre, niega los valores divinos porque afirma los humanos, rechaza lo sobrenatural porque asume del todo lo natural. Si quiere hablarse así, la increencia es otra forma de fe: una apuesta y un compromiso racionales por la dignidad, la libertad, la justicia, la compasión humanas. Y esta convicción, como la del creyente, produce *efectos sociales* palpables. Exige, por tanto, el mismo grado de mostración y reconocimiento públicos que la fe religiosa. Cuando se oculta, se fomenta una autoconciencia social falsificada. Al hacer "como si" uno perteneciera a la grey cristiana, se ofrece al adversario (porque lo es, ¿o no?) un triunfo inmerecido del que sabrá extraer su botín y que perpetuará su dominio.

El blandengue liberalismo moral (ese "todo vale") que nos corroe lleva a confundir el falso respeto a las creencias de los otros con un desinterés real hacia toda doctrina y hacia todos los otros. Respeto verdadero del creyente hacia el que no lo es

sería procurar las condiciones de que este último se sintiera libre para expresar en sociedad sus convicciones últimas y practicarlas. El incrédulo, por su lado, manifestaría su consideración al hombre de fe sencillamente no fingiendo creencias que está lejos de compartir. Tal parece el único modo de respetarse cada cual a sí mismo y a sus diversas concepciones del mundo Sería duro, eso sí. La Iglesia, si de verdad se preocupa de los suyos, debería soltar una presa que no le pertenece; lo demás no es fe, sino *mala fe* . El ateo, de ser tal, tendría que recuperar lo mucho que ha cedido; otra cosa no es urbanidad, sino *cobardía* .